

TÚA BLESÁ, JUAN CARLOS PUETO, ALFREDO SALDAÑA Y ENRIC SULLÁ
(eds.), *Pensamiento literario español del siglo XX*, 5, Zaragoza,
Universidad de Zaragoza, 2011, 268 págs.

Producto del Seminario con el mismo nombre, este volumen reúne trece trabajos que abordan, enfocados hacia distintos puntos, personalidades, corrientes y problemáticas, el amplio y variado panorama intelectual que se dio a lo largo del siglo XX en España.

Podemos organizar este conjunto de aportaciones en tres grandes grupos. El primero está compuesto por aquellos trabajos que tratan e indagan sobre las poéticas de autores a partir de un atento recorrido de sus obras, llegando, cada uno de los reconocidos estudiosos, a valiosas y precisas conclusiones.

Ubicamos en este grupo el trabajo que el profesor Javier Blasco realiza sobre Juan Ramón Jiménez, en el que demuestra mediante un repaso casi íntimo de su producción y de las fases por las que ella atraviesa, cómo la poética del moguereno (cuyo núcleo simbolista es indudable) no se completa sino con la escritura del último de sus textos y que, por lo tanto, necesita ser explicada a la luz de una perspectiva histórica-literaria atenta a las etapas de su obra siempre “en marcha” (p. 9). Por su parte, subyace en el escrito de Túa Blesá la pregunta sobre la “rareza”, la “extrañeza”, de Juan Larrea, pregunta que se intenta responder (con éxito) no sólo desde las manifestaciones más perceptibles de su poesía, como puede ser la elección de la lengua francesa, o una deliberada complejidad que atenta contra la comprensión en pos de la emoción, sino desde la profundidad que implica la configuración de un discurso sin “yo”, de una “cavidad verbal” (p. 53) llena de evasión. La poesía de Antonio Gamoneda también presenta un rasgo distintivo, tal como advierte Antonio Méndez Rubio. Es una poesía escrita desde la muerte y, por lo tanto, reclama ser leída desde ese mismo lugar. La muerte, el fin, “la precariedad de lo real” (p. 146), incluso el daño, no son sólo componentes temáticos, sino que originan y enmarcan a la poesía, les dan sentido y forma, de allí las elipsis que abren el espacio de lo que no fue pero aun así permanece en la memoria. Colocamos en este apartado también el trabajo que Elvira Luengo Gascón realiza sobre *Caperucita en Manhattan* de Carmen Martín Gaité. Si bien es el análisis de una obra en particular de la escritora salmantina, no dejan de repasarse las recurrencias temáticas de sus obras y las intenciones que la han movido a lo largo de su producción. En la lectura atenta de

esta novela se recupera su nivel intertextual en todos los niveles posibles, y se establece, también, un diálogo con todas las teorías que tienen al cuento tradicional como objeto y su correspondiente función y transformación en la actualidad.

El segundo bloque de textos está conformado por aquellos que se dedican a explorar la figura de quienes dedicaron su vida al estudio literario. Uno de ellos es Eugenio Asensio, a quien Aurora Egido presenta como “Un humanista singular” (p. 75) y es la innegable conclusión que resulta tras la lectura de su artículo, en el que se detiene tanto en sus actitudes intelectuales como en las grandes tareas que emprendió y enriquecieron su labor filológica y crítica: su dedicación a los entremeses, revalorizando un género menor, su interés por el erasmismo y su intento constante de establecer puentes entre la literatura portuguesa y la española. El trabajo de Antoni Martí Monterde se centra en la vinculación que mantuvo Ramón León Máinez con el propulsor de la literatura comparada, Hugo von Meltzl de Lomnitz por medio de las publicaciones que cada uno dirigían. Debido a que Máinez advierte que el trabajo de von Meltzl sobre Petöfi conlleva la misma operación crítica que él pretende para con Cervantes, facilita su ingreso en España; sin embargo, y es el error que se pretende corregir, el haber introducido a un autor clave de la literatura comparada no lo hace al andaluz precursor de la disciplina en este país. Antonio Pérez Lasheras se ocupa de la figura de Juan Manuel Blecua, y en las páginas dedicadas a él conocemos tanto las influencias que recibe, sus puntos en común y disidencias con teóricos de su tiempo, como sus férreas convicciones en torno a la tarea del editor. Claramente explicadas vislumbramos las dos líneas principales mediante las que desarrolla su obra: una horizontal, cronológica, que tendrá que ver con las letras del Siglo de Oro, y otra vertical, explorada detalladamente, que presta especial atención a la literatura aragonesa, y que toma a Gracián como centro y exponente. Alfredo Saldaña desarrolla las conclusiones a las que Vicente Llorens arribó en materia de literatura del exilio, destierro e inmigración, experiencias que lo tuvieron como protagonista y que supo reubicar como objeto de estudio para desde allí problematizar cuestiones contemporáneas, tales como la existencia de literaturas nacionales y su homogeneidad, la lengua como territorio del poeta, la práctica literaria en su historicidad, la vinculación entre exilio político, censura, absolutismo político e Inquisición en un determinado momento histórico, y todas las nuevas posibilidades, como la difusión cultural,

que resultan de una situación “casi nunca elegida, casi siempre dolorosa” (p. 215). Las bases de la estilística de Amado Alonso son recuperadas en el escrito de Teresa Rosell Nicolás, en el cual, de manera iluminadora y a partir de la diferenciación entre signo e indicio en el marco de la lingüística (en tanto portador de significado uno y de valoración el otro), entendemos el pasaje de estos conceptos hacia la teoría literaria tal como lo propone el teórico navarro, siempre en pos de una integración de las disciplinas que permita un acceso, nunca definitivo, pero sí más completo y complejo al entramado hermético que la poesía manifiesta. Un espíritu similar de relación, integración y de diálogo interdisciplinar es el que se desprende de la obra de Julio Caro Baroja, tal como la presenta Enrique Santos Unamuno. En su trabajo se pone de manifiesto el “carácter pionero” y los aportes (no siempre ni del todo reconocidos) del antropólogo vasco a teorías como la literatura comparada, los *Cultural Studies* anglosajones, la Nueva Historia Cultural y *Image Nation Studies*, en especial este último, que tiene como uno de sus pilares fundamentales la noción de “estereotipo”, concepto en torno al cual gira gran parte de la obra de Baroja, tal como demuestra el preciso recorrido que Santos Unamuno realiza, enriqueciéndolo con definiciones, aplicaciones y cuestiones terminológicas pertinentes.

El tercero de los bloques podría entenderse bajo el rótulo de “lecturas de lecturas”, con la carga analítica que cada una conlleva. Nos encontramos aquí con Salvador Company Gimeno repasando la lectura que Martí de Riquer hace del *planh* que Guillem de Berguedá escribe con motivo de la muerte de Ponç de Mataplana. Atraviesa todo este artículo la tensión suscitada entre una lectura histórica del *planh* (sostenida por Riquer) y una lectura retórica, más precisamente irónica, propuesta por Company Gimeno, que apunta a que ciertas contradicciones no resueltas desde la perspectiva historicista y positivista pueden ser interpretadas en una dimensión irónica, sustentada, paradójicamente, en la imposibilidad y fallos del método aplicado anteriormente. Juan Carlos Pueo desarrolla los fundamentos de la teoría literaria de José María Valverde en relación a la (auto)conciencia lingüística, a la imagen del Yo imprecisa, en tanto construcción del lenguaje, y a la necesidad del Otro, del Tú que la delimita. A la luz de esto será leída la poesía de Antonio Machado, en especial aquellos poemas en los que el poeta se refiere a su tarea, tomándola como material con el cual ejemplificar su teoría, donde se verá la debilidad del Yo y, por lo tanto, la tendencia hacia una palabra

Nuestra, lindante con lo anónimo y además la ironía como un lenguaje del Yo tratado en la distancia, casi ajeno. Por último, pero con capital importancia, David Viñas Piquer propone que se puede formular una teoría de la lírica a partir de las limitaciones que Emilio Alarcos encontró en la estilística a la hora de leer a Blas de Otero. Alarcos advierte (intuitivamente) en la obra de Otero cierta “fuerza” que no logra explicar por completo desde la corriente crítica en la que se enmarca. El aporte de Viñas Piquer consta en indicar que esa fuerza consiste en la capacidad del poeta de presentar una “vivencia particular pero generalizable” (p. 261) en la que los lectores se identifican y que pueden actualizar (aplicar), sin que hayan sido vividas efectivamente por el poeta, sino, como mucho, contempladas o poéticamente elaboradas, aportando un nuevo y valioso eslabón a la cadena histórica que discute sobre la dimensión mimética de la lírica.

Se completa así el recorrido por un libro que obtiene su riqueza y valor de la heterogeneidad de temas, perspectivas y apreciaciones que en sus páginas se desarrollan, y del profundo e indudable conocimiento de los especialistas responsables de ellas.

EVANGELINA VERA MORENO
Universidad de Valladolid